



LA VENTURA ISIDRO

José Luis Murcia

Isidro miraba de reojo, sentado en la acera de enfrente, al gentío que se agolpaba junto al número 10 de la calle Alonso Cano para asistir a la inauguración, más bien reinauguración, del entonces flamante Mercado de Chamberí. El calendario marcaba la fecha del 6 de marzo de 1943 y se producía una esperada reforma, rayana en la revolución, nacionalsindicalista por supuesto. Las personalidades civiles y militares que encarnaban el meollo del régimen franquista, que en esos años vivía su esplendor, a la par que el miedo de todos aquellos que no comulgaban con la situación devenida tras el final de la guerra civil,

iban haciendo su aparición en la céntrica calle madrileña, en la que se conjugaban la alegría desbordada del bando de los vencedores con las cabezas gachas y el mirar perdido de los que se toparon con la realidad de la derrota militar solo cuatro años antes.

Vestía con el desgarmo de los perdedores. Con una chaqueta raída, unos pantalones de pana remendados por todos sitios y unos zapatos, probablemente extraídos de la basura, de los que, con suerte, solo le sobraban dos o tres números. Su mano izquierda mostraba un muñón, fruto de un accidente en la Casa de Fieras del Retiro, donde un tigre se la desgarró, según

su versión, y de secuelas de metralla en la famosa batalla del Puente de los Franceses en la contienda fratricida de 1938, en la cruda y cruel realidad.

No era hoy precisamente un día alegre. Hace mucho, muchísimo tiempo, que a un día triste y gris le sucedía otro con idéntico resultado. A las penurias propias de los rescoldos de una guerra se unían el rechazo social de los vencidos y el hambre producido no solo a resultas de una contienda fratricida cruel, sino también a la pertinaz sequía, según el lenguaje de la época en frase acuñada por el nuevo jefe del Estado, que duró nada más y nada menos que nueve años.

El flamante mercado gozaba todo el esplendor de una obra nueva que remodelaba totalmente el antiguo edificio construido en 1876 y abría al barrio a aquellos que se podían permitir comprar artículos de primera necesidad sin tener que recurrir al trueque y al estraperlo, algunas de las prácticas ilegales, y en ocasiones alegales, que se producían en todo el territorio. Isidro tenía 23 años y, tras las heridas sufridas en la contienda, fue curado, juzgado y enviado a un batallón de castigo durante algo más de tres largos años. Hacía apenas unos meses que había dejado atrás el horror de los gritos, los trabajos forzados y había llegado hasta su Madrid del alma a buscarse la vida, una vida que se le ponía difícil al faltarle una mano y contar con un pasado oscuro y tenebroso a ojos del régimen.

Tenía claro, sin embargo, que ese edificio, ese mercado que las nuevas autoridades procedían a inaugurar, sería para él la tabla de salvación. Solo era un sueño, pero como había escuchado, en no pocas ocasiones, la utopía de hoy es la realidad del mañana. Y haciendo de tripas corazón, esbozó una media sonrisa, estiró todo su cuerpo y volvió hacia su humildísimo hogar.

La ocasión se le presentó, tras vagar por su barrio del alma -había venido al mundo en la calle Viriato-, cinco meses después, en agosto, justo cuando la canícula apretaba de lo lindo y Madrid, igual que buena parte del país, se preparaba para otro larguísimo periodo de falta de agua, de falta de alimentos y de incremento del estraperlo, en un Madrid rendido a la evidencia

de la escasez de bienes de primera necesidad, al miedo a las autoridades, a las fuerzas paramilitares, al daño recibido por las denuncias de los confidentes... Sin embargo, Isidro recibió la inestimable ayuda de uno de los curas de la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel, la iglesia del metro de Iglesia en Madrid. Fue la ventura de Isidro.

Lorenzo, no don Lorenzo, sino Lorenzo, a secas, como al él le gustaba que le llamaran, era un sacerdote joven, nacido en el madrileño barrio de Lavapiés, que aguantó estoicamente la barbarie de un enfurecido grupo de milicianos que prendió fuego al templo en 1936, tras saquear sus bienes culturales y materiales, y persiguió a los eclesiásticos. Entre ellos estaba Lorenzo, quien recibió la inestimable ayuda de Isidro que, casualmente, pasaba por la zona y se enfrentó verbalmente a los incendiarios, a uno de los cuales conocía. Tras un tira y afloja dialéctico, Isidro logró que dejaran en paz a los tres religiosos que allí se encontraban y dio protección en su propia casa a Lorenzo, a quien vio terriblemente angustiado por los horribles momentos vividos.

Lorenzo, tras la contienda, continuó su labor pastoral de perdón y reconciliación, muy lejos de las ansias de venganza de algunos de sus compañeros. Y no solo lo hacía de boquilla, sino que se mojaba en sus homilías pidiendo que vencedores y vencidos hicieran causa común, miraran hacia adelante y dejarán atrás los terroríficos recuerdos de un cruel enfrentamiento entre hermanos.

Cuando Lorenzo se percató que Isidro, el amigo republicano que le había salvado la vida, se encontraba frente al nuevo Mercado de Chamberí en su inauguración con la mirada perdida y el terrible semblante de los perdedores, movió cielo y tierra para ayudarlo sin que él lo supiera. Ni siquiera se acercó a verle y solo pensaba en cómo darle una buena nueva, en unos momentos en que las noticias agradables escaseaban por doquier.

No fue tarea fácil. Puso patas arriba la interminable burocracia del nuevo Madrid. Habló con sus superiores, con las autoridades civiles y militares, con funcionarios, adeptos al régimen como no podía ser de otra forma. Y tras una de-

nodada lucha de casi seis meses, lo consiguió. Los responsables de Madrid accedieron a que los regidores del mercado pudieran ofrecerle un puesto de conserje, de hombre para todo, tras examinar con lupa su pasado y convencerse, tras escuchar a Lorenzo, de que Isidro era ante todo, y sobre todo, un hombre bueno en el buen sentido de la palabra, tal como decía el gran poeta Antonio Machado.

Desde ese momento, Isidro “El Manquillo”, como se le conoció popularmente, pasó a ser el chico para todo del famoso Mercado de Chamberí. Era el encargado de abrir y cerrar las puertas del establecimiento, de atender las demandas de los propietarios de los puestos, supervisar la limpieza del lugar y ayudar, siempre solícito, a las amas de casa que lo necesitaban. Poco a poco, Isidro supo granjearse el aprecio de los clientes, en su mayoría amas de casa del barrio; de los vendedores y del resto de trabajadores en un entorno complejo tras tres años de cruenta guerra y el establecimiento de una férrea dictadura.

Los días pasaban e Isidro se sentía cada vez más útil, más valorado y su vida, prácticamente toda su vida, giraba en torno a ese mercado que le vio, cual ave fénix, renacer de sus cenizas en un ambiente que, al menos en principio, no podía serle más adverso.

Y como el tiempo pasa volando, así pasaron los años para él, hasta que un día en los años 80, ya en plena democracia, le llegó el momento de la jubilación. El Mercado de Chamberí, su mer-

cado, cambiaba rápidamente al socaire de los nuevos tiempos. Él, ya cercano a los 70 años, era feliz con su mujer, Paloma; con su hija, Almudena y con sus dos nietos, chico y chica, hasta que la muerte le vino a sorprender un frío 3 de enero de 1998, con 78 años a sus espaldas.

Hoy Almudena tiene 72 años, la apariencia de 20 años menos y la vitalidad innata de su padre. Cada día va al Mercado de Chamberí, ese lugar que, en un ambiente casi irrespirable, permitió a Isidro recuperar su condición de persona y ser testigo del advenimiento de la democracia. Pudo celebrarlo junto a personas que compartieron con él ideario y con aquellos otros que estuvieron y permanecieron en la trinchera de enfrente.

Almudena, con la memoria de su padre siempre presente, se pasea entre los establecimientos de restauración que hoy conforman el espacio de “La Chispería”, el lugar que antaño ocupaban los puestos con los que su padre tuvo que contender a diario. La Torbellino, El Ocho, El Toril, Juancho’s Barbacoa, Cervezas La Virgen, 154 Thai Bar... Y no falta a su cita, cuando menos semanal, con su carnicería predilecta, su pescadería habitual, su pollería, su puesto de frutas y verduras, su charcutero y hasta su tienda de ultramarinos y variantes. Hoy el Mercado de Chamberí luce radiante con la figura de Isidro, y de los muchos Isidros que han pululado por los distintos mercados de España, y con el esplendor de un espacio que ha sido mudo testigo del devenir de buena parte de la historia de España.

Ilustración: Pablo Moncloa

